

# PAGINA VIEJA

...Ese cordón azul que te trae la distancia;  
esa arena que empieza a corroer tu vida;  
esa escarlata débil de los atardeceres;  
la alta constelación que permanece yerta;  
la húmeda algarabía del trigo prematuro  
y el cisne desteñido de tu breve sonrisa.  
Las rosas de papel no saben estar solas  
ni el espejo mirar como miran los hombres;  
el viento necesita dóciles lejanías  
y la mañana tierras donde mullir su jugo.  
El humo se aproxima tan diestro a la mentira  
que nadie se libera de sus manos atroces;  
los niños encanijan el curso del arroyo  
y las piedras empiezan a pensar en la tarde.  
Pasabas y la tarde te iba siguiendo mansa  
como perro o cisterna donde el día se queda;  
banderolas sabidas izaban los ponientes.  
La eternidad suspira como una diosa encinta.  
Vénganos la desgana de ser como las rosas,  
de sentir inquietudes por la coraza lenta  
que se pone la tarde salpicada de pájaros.  
No temas el desagüe que lleva a la locura  
ni adornes los vasares del quehacer cotidiano.  
Espera el aldabón que llama en tu sorpresa  
como viento o murmullo cansado de estar solo,  
mientras abren su caja los adioses.  
Venid a la naciente cortesía o tormento  
que dice gota a gota palabras enseñadas.  
Screenando deslumbres, el halcón ascendía  
mientras la torrentera deshollaba el paisaje,  
y eran las simpatías tristes cestos maltrechos  
con el pan mal migado de la desconfianza.  
Cuerpo a tierra la alfombra aprende de los sioux  
y el reloj aconseja tenaz a las paredes;  
la escoba se adecuenta con modas de otro tiempo  
mientras tú coleccionas como sellos lejanos  
besos o sangres secas, líquenes de otros días.  
Y yo, o mi corazón, colegial aterido,  
se emboza, mientras vienen a su encuentro  
fuegos fatuos en página de silenciosas luces.

Federico MUELAS